

Josephine Diebitsch, una mujer a la conquista del Polo Norte: el otro lado de la historia

La historia de Josephine Diebitsch y Robert Peary recuerda en sus inicios a la de Penélope y Ulises: él, ejemplo de tenacidad y de fe, fue un explorador polar, obsesionado por la aventura y la conquista del Polo Norte, con su vida apasionada dedicada a los descubrimientos y los viajes. Lleva en su currículum varias exploraciones al Ártico, siete expediciones a Groenlandia, el descubrimiento del Cabo Morris Jesup, el Cabo Colgate y la Tierra de Crocker. Solo falló en su objetivo más ambicioso: ser el primero en llegar al Polo Norte, una hazaña que fue desde el principio objeto de críticas y polémica por parte de la comunidad científica. Ella, esposa encantadora y devota, es arquetipo del amor conyugal que llegó a perdonar la infidelidad del marido y sus largas ausencias, apoyándole siempre en sus sueños y experiencias. Sin embargo, la historia de Josephine no es una historia estática, anónima y periférica a la espera de un hombre, encerrada en su cosmos interior, mientras teje y desteje la tela en el silencio de su hogar, espacio de la nostalgia y del amor romántico. Josephine es una “Penélope creadora” que rechaza la tradición y la inmovilidad, subvierte las tramas patriarcales y decide desafiar los rigores del Ártico al lado de su marido, arropada en su “abrigo fabricado a partir de un grueso paño rojo que llegaba hasta las rodillas, altas medias de punto, una falda larga de franela y los *kamiks*, unos mocasines de caña alta que había comprado en Sydney”. Josephine Diebitsch fue una mujer pionera en distintos ámbitos: estudió en la Spencerian Business College, una escuela de negocios, y se graduó como la mejor estudiante en 1880; en la Smithsonian Institution donde trabajaba logró que su salario fuera el mismo que sus compañeros masculinos; fue la primera mujer en realizar una expedición al Ártico; y dio a luz, a treinta grados bajo cero, el primer bebé occidental que nacía entre esquimales.

Su presencia en las expediciones polares no fue de simple observadora o dama de compañía, sino que tuvo una parte activa y participativa, realizando un trabajo de documentación, caza y cocina. Además, su firmeza y fortaleza de ánimo fueron decisivos en los momentos de peligro o desaliento, y pese al frío, las incomodidades y la permanencia en lugares álgidos e incivilizados no aptos para una dama, Josephine se mostró desde el principio una mujer de armas tomar.

Su primer viaje fue a Groenlandia, en 1891, una experiencia plasmada en el primer libro que Josephine Peary publicaría poco después de regresar de las nieves perpetuas, *Diario ártico. Un año entre los hielos y los inuit*. Bailoteando en el hielo a bordo del Kite, Josephine abre su diario de a bordo con la descripción de una tierra que, lejos de su carácter inhóspito y traicionero, se presenta como “el más hermoso paisaje de montaña imaginable”, un espectáculo maravilloso con sus “negros y escarpados acantilados, verticales desde las alturas hasta que se sumergen en el mar, con sus cumbres cubiertas de nieve deslumbrante, y el hielo del interior flotando por los valles y entre las cimas”. La costa helada de Groenlandia, con sus plantas silvestres floreciendo, las minúsculas flores rosas, el musgo blando y hermoso, ofrece una imagen sugerente y evocadora, protagonizada por las “lomas blancas brillando sobre las aguas de zafiro” y una gran variedad de colores y flores que “brotaban por todos lados espolvoreadas sobre una umbría alfombra verde”. Un escenario idílico alternado a días de tormenta, lluvia y viento que azotaba los ánimos, melancólicos e impotentes, provocando un estado de euforia y depresión a la vez. Sobre la eterna capa de hielo, Josephine y los cinco miembros de la expedición convivirán un año en un refugio de madera a contacto con la población local, unos seres extraños, sucios y malolientes que a Josephine le generan repugnancia y curiosidad a la vez por sus vivencias, sus costumbres y sus prácticas poco ortodoxas. Sus

observaciones producirán un relato de gran valor etnográfico y una imagen real de la cultura inuit y de las mujeres esquimales, trabajadoras incansables y excelentes costureras, objeto de intercambio y sometidas a tratos brutales por sus maridos, cuyo entorno tan hostil parece justificar la dureza de su condición femenina. Josephine realiza un auténtico trabajo de “traducción cultural”, en el cual actúa como mediadora entre sociedades y culturas, entre barbarie y civilización, expresa opiniones directas y sinceras, ofrece visiones sagaces, a veces punzantes, mostrándose siempre muy dueña de sí.

Su diario narra el viaje temerario y épico de una mujer hacia los confines del mundo, es un relato de aventuras, de descubrimiento, de dolor, de supervivencia y de amor, repleto de tumultuosos sentimientos al límite. Es la historia de la lucha del ser humano contra el entorno natural, es descubrimiento universal pero también íntimo y personal de una mujer apasionante capaz de adentrarse en la aventura por amor. Un diario que es juego de contrastes entre la exultante naturaleza y los inuits viviendo en ella en armonía y el paisaje ártico e inclemente con “severos obstáculos por el camino, con grandes masas de nieve y pendientes pronunciadas”; entre su sensación de bienestar y plenitud y sus sentimientos de nostalgia, inquietud y desesperación, lejos de sus seres queridos y en la soledad de los días árticos; entre la belleza de la vida al aire libre en medio de una naturaleza palpitante y sonora y el frío, la dureza y el hambre de esta “congelada aventura”; entre días largos y aburridos y otros de hilaridad y regocijo junto con la alegre pandilla.

Quizás su nombre se haya quedado detrás de las hazañas de los grandes héroes de la conquista de los polos, sin embargo, Josephine Diebitsch también fue una auténtica exploradora y conquistadora del Ártico, valiente y luchadora, firme y tenaz, sin la cual probablemente Robert Peary nunca hubiera alcanzado el polo Norte.